

EL ESFUERZO DE MI PADRE

— & —

EL SALÓN DE BLANCO PORCELANATO Y ESPEJOS PARIETALES

Adriel Ritcher Coral Padilla



Ediciones IESPP "Huaraz"

EL ESFUERZO DE MI PADRE & EL SALÓN DE BLANCO PORCELANATO Y ESPEJOS PARIETALES

ADRIEL RITCHER CORAL PADILLA

Autor

Dirección y coordinación editorial

Luis Adolfo Apolín Montes

Diseño y diagramación

Luis Adolfo Apolín Montes

Corrección de estilo

Chávez Castromonte Maribel Edith

Fructuoso Pérez Yanela Ángela

Guerrero Cochachin Shamira Mercedes

Huarac Solís Raúl Félix

Trejo Ángeles Andrés Aníbal

Responsable de edición

Luis Adolfo Apolín Montes

Editado por

Instituto de Educación Superior Pedagógico Público Huaraz

Ediciones IESPP «Huaraz»

Domicilio legal del editor

Av. Las Flores S/N (primera cuadra) Nicrupampa, Independencia

Huaraz, Áncash, Perú

Colección

Literatura regional

Serie interna

Narrativa regional

Código editorial

EIH-LIT-001-2026

Número de catálogo general

004

Primera edición digital

Agosto de 2026

Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º 2026-09656

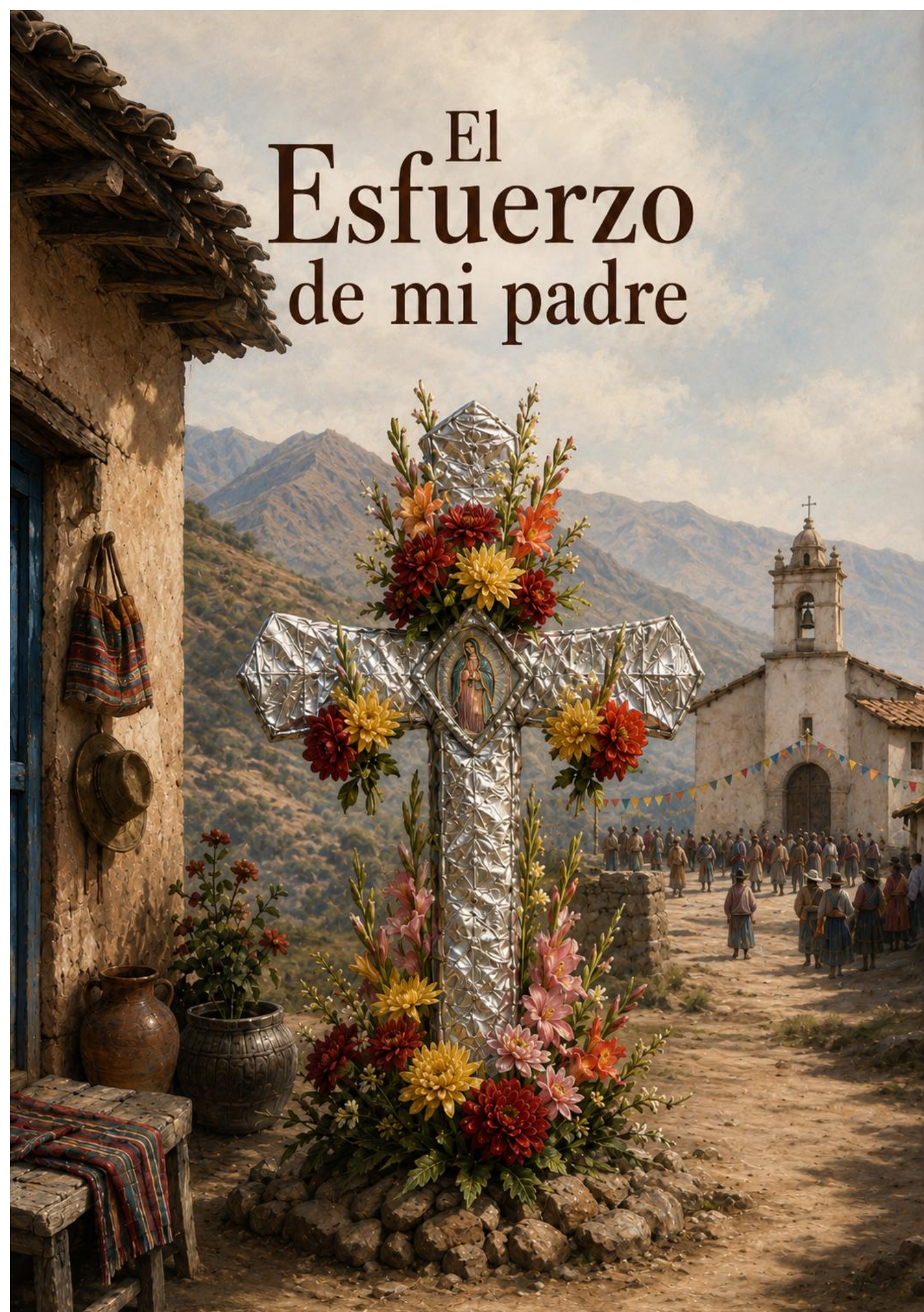
Declaración de acceso gratuito

Esta publicación se distribuye de manera completamente gratuita en formato PDF exclusivamente a través de la Biblioteca Digital “Marcos Yauri Montero” del IESPP-“Hz”. Queda prohibida cualquier venta, intercambio comercial o uso que genere lucro directo o indirecto de este material.

Información sobre derechos de autor

Los derechos morales y patrimoniales de las obras corresponden exclusivamente a su autor. Su publicación e incorporación al catálogo editorial se realizan con su autorización expresa, sin que ello implique cesión o transferencia de dichos derechos.

El Esfuerzo de mi padre



—¡Qué fresca mañana que es...!, aún desde mi cama parecen muy nubladas las ventanas y entra un poco de la brisa mañanera —atiné a decir mientras dejaba la cama.

Me coloqué los zapatos y salí a la sala: un pasadizo estrecho de adobe, con una banca improvisada con tablas de madera y costales frente al fogón con ollas nigérrimas sobre la candela, además del arsenal de cubiertos sobre los platos y las tazas pequeñas de plástico y porcelana.

Empujé la puerta de cuatro piezas de madera. Apenas me asomé, una brisa fría corrió dentro de la sala y cundió en toda la casa.

—¡Ma, buenos días...! —grité para el otro extremo de nuestro extenso patio amurallado con las paredes de adobe de las casas vecinas.

—¡Droel, buen día, papasito! —contestó sonriendo achinando sus ojos y alargando sus labios en una sonrisa—. Sin molestarte, ¿podrías ir a comprar a la bodega de tu tío unas cosas para el desayuno?

—Ya, está bien.

—Ah, y unas cosas más para preparar el almuerzo —todo ello en una tira de hoja a manera de lista.

Esos encargos fastidian cuando no se goza del camino. Mis primos quizás se nieguen y deleguen a otros, pero yo nunca evito esas oportunidades para conocer algo que ellos, metidos en casa, no conocerán.

—La misa de cruces será a las diez de la mañana. Trae pan, azúcar y unos huevos con lo que alcance —y me entregó un billete verde envuelto con una bolsa—. Agárralo con esto para que no te ensucies.

Abrigado salí para encarar el frío matutino. Se sentía la humedad en el ambiente. Los pastizales estaban cubiertos con gotas de lluvia, las paredes con su dureza blancuzca se iban pelando, hasta los animales paseanderos no salían de sus corrales.

Llegué entonces a la bodega de mi tío Andrés.



—Hola, papito, ¿qué necesitan? —dijo al tiempo en que le alargué la lista.

Mientras surtía mis bolsas, me preguntó por lo más importante del día.

—¿Qué cruz llevarán a la misa? —ya daba por hecho que iríamos.

—Mi papá tejió una hace unos meses, fue esa la de mi abuela. Con esa nomás supongo.

—Ah..., ¿no crees que necesiten una de ustedes mismos?

—No lo creo, siempre hacemos eso. Es, además, el gran Esfuerzo de mi padre, un día entero casi sin interrupción de trabajo.

—Y cuando fallezca tu mamá Juliana, ¿qué harán con su cruz?

—Supongo que nos la quedaremos. Sería lo mejor que podríamos hacer.

Un destello de luz iluminó su mirada como habiendo llegado el momento para comentar algo que ansiaba hacerlo desde mucho.

—Así es, cuídenla bien, ahí estará tu mamá Juliana y tu papá Aruc con ustedes.

Su comentario evocó una anécdota que nos contó hace algún tiempo.

De niño, mi tío Andrés, hermano mayor de mis cuatro tíos y de mi madre, esperaba paciente a la llegada de mi abuelo Areauca.

Ya era costumbre el trabajo agropecuario desde pequeños: pastoreaban ovejas, pasteaban chanchos, alimentaban a las innumerables gallinas del patio, y cosechaban papas de este; además de un sinfín de labores campesinas.

Mi abuelo llegó y le tomó su “examen de responsabilidad”:



¿Qué hicieron tus hermanos desde que me fui...?

¿Qué hicieron luego de eso...? ¿Qué más...?

Un error al responder —incongruencias en su retahíla o lagunas mentales— y un latigazo con el cuero de la vaca.

Justo al caer mi tío por los azotes, rozaron sus manos el altar en que una cruz antigua descansaba sus años de senectud, con el cuerpo maderero roído y su forro con urgencia de renovación. Por poco tumba su estabilidad.

—¡Ten cuidado, caracho! Cáete, pero mira dónde.

—Si se caía, solo la levantábamos, pa.

—No solo es que se cae. Esto es de tus abuelos, aquí tu mamá Hermelinda dijo reconfortarse tras la muerte de tu abuelo; y mis hermanos y yo vivimos jugando siempre al margen de esta reliquia —mi tío se quedó callado ante tales motivos—. Cuando se bendice esta cruz en febrero, tengo la certeza de que mis padres y mis abuelos nos agradecen por continuar su voluntad. Diosito la bendice y la llevamos a donde pertenece —al mismo tiempo en que señaló el altar improvisado sobre un mueble envejecido y con apenas dos cajones en una esquina de la sala. Todo a las vistas burlonas y piadosas de sus hermanos.

Salí de su bodega para encaminarme a casa. Ya había amanecido claramente. El calor se dejó sentir levemente. Pasando frente a la I.E. José Carlos Mariátegui y discurriendo entre los juegos de calles angostas, asfaltadas, y anchas, enteramente de pasto con piedras delimitando sus paredes.

Comenzó la ansiada misa. Las sillas se llenaron con los vecinos de la plaza y bajo el altar se hallaban muchísimas cruces, entre calvarios, tejidas, bordadas, decoradas con cintas blanquirrojas como la bandera del Perú y más. Adornaron el santo santuario de la única iglesia de Huaripampa en una gama multicolor





y con variedad de tamaños

—Llama a tu tía Rosa, ella iba a traer a tu abuelita de Huaraz. Dile que se apure.

Timbraba el celular y no contestaba.

El cura tardaba en llegar. El acólito esperaba pacientemente a su llegada.

—¡Nilo! —lo llamé— ¿A qué hora llegará el padre Emerik? —preguntó mi papá.

—Ya está llegando. Me dice que más abajo, por Bedoya, se atascó, pero

ya está en camino,

Cuando finalmente llegó el padre, el cura ayacuchano a quien el pueblo veía en las misas celebradas en cada fiesta, ofreció su disculpa.

—Discúlpeme el retraso, lo que sucedió fue que subiendo Bedoya un grupo de gente venía bajando en su festejo.

Uno de ellos cargaba una cruz en su espalda mientras bailaba. Me bajé de mi auto y le dije: «Discúlpeme, caballero, pero la cruz no es cualquier cosa para tratarla así. Más respeto». Ya de ahí prosiguió apocado.

Leímos el Evangelio según San Juan, la homilía adujo hasta en quechua en aras de nuestra transformación, y finalmente llegó la bendición de las cruces:

Por mis abuelos, tíos y padres, para que gocen de la paz divina de Yahvé. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Afuera se oía la acostumbrada fiesta. La banda de músicos se apoltronó afuera de la iglesia en medio de la calzada para hacer de esta su pista de baile.

Los huaynos alegres sonaron durante aquella tarde. Acompañados por los potajes más sabrosos de la ocasión: Cuchi Kanka, puchero, chocho y las bebidas pasadas de mano en mano entre los bailarines.

Llunca de gallina y picante de cuy, junto a chicha de jora, degustamos ya en la casa del tío Andrés después de la fiesta popular, hasta donde la noche nos agarrara. Guardamos sagradamente la cruz de mis tíos de por ahí y el Esfuerzo de mi padre.

—Y, hermana, ¿por qué tardaron?
—preguntó ávida mi mamá a mi tía Rosa.

A mitad de misa llegaron apuradas, llamando la atención de los feligreses y polarizándola en torno a nosotros. Más vistoso aún fue nuestro Esfuerzo: una cruz de casi dos metros, con forro de machitu de un plateado fresquísimo, y flores lozanas vistiendo la cara de variopintas franjas rojas, amarillas y rosadas, con una efigie sagrada en medio.

—Es que mamá se demoró. Ya habíamos llegado listos para ir cuando mami recién se alistaba. Le preguntamos por su demora y nos contó que tuvo un sueño muy curioso.

Estaba caminando en Pampas Chico, donde esperábamos para tomar carro. Una niñita apareció, con un abrigo muy blanquito, parecía de peluche nuevo. Me preguntó:

—Mama, ¿por qué estás solita? —la sordera pareció confundirme.

—¿Cómo dijiste? Hazme escuchar, mamita.

—¿Por qué estás solita...?

—No estoy sola. Estoy esperando para tomar carro.

Y justo cuando volteé.

—Mamita, ¿dónde estás...?

Desapareció la niñita. Las puertas estaban cerradas y no se veía a ningún adulto que fuera uno de sus padres.

Seguidamente vi a tu papá volver del paradero para tomar carro. Yo lo vi muy real, inclusive recuerdo haberlo tocado. Me saludó en quechua y me miró fijamente. En ese momento olvidé que había fallecido. Desperté de la impresión, y, antes de comenzar el día, me percaté de que dormí con la cruz que tejó tu cuñado enfrente mío, lista para llevarla hoy.



Quizás papá Areauca estuvo con nosotros en la misa, o tal vez no; pero es más seguro que continúa estando con quienes aún viven. Basta con haber quedado bien con los vivos, antes de morir, para dormir tranquilamente.



El salón de blanco porcelanato y espejos parietales



«(...) por gente como tú, la sociedad no avanza (...)», refunfuñó purgantemente el profesor con el bastón —que tanta falta me hizo— en la mano izquierda y su colérica quinesia en la mano derecha, como un padre que ha descubierto el embuste de su hijo.

Ocurrió a la vista de todos, debajo de los estímulos con que galardonados fueron los tantos danzantes que egresaron de esta prestigiosa escuela que ya sus Bodas de Oro ha alcanzado, y con su reprensión —semejante a una aguja luenga: dolorosa es su penetración; pero benévola, su inyección— se asomaron la vergüenza —el acérrimo destructor del ego— y la culpa —que deshonra y ultima la compostura.

Finalmente, concluido el reacomodo de lo usado, salí para mi casa compungido y desolado, saliendo del salón de blanco porcelanato y espejos parietales.

Rumbo a Waullac estamos yendo juntos en una combi, con la indumentaria atiborrando nuestras bolsas, que de turista ya llegan a parecer.

El cielo va ennegreciéndose más aún mientras más estamos cerca; pues a algo de treinta o cuarenta minutos está de nuestro Centro Cultural.

Llegamos ya a nuestro destino, donde danzaremos para animar una reunión local. Cómo pasamos de edificios paralelepípedos entre calles y avenidas con tímidas plantaciones arbóreas y luces artificiales que prodigan su luz a costa de la paciencia del sol, a una zona alumbrada lunariamente, en medio de un extenso pastizal, entre un longuísimo mural de adobe con pencas en su vericuelo. Seguiremos el luengo trecho de un sendero de piedras incrustadas en el suelo.

En grupo marchamos, pues tal negrura hay que ni el pastizal, que subsume todo este centro arqueológico Recuay, se distingue de las piedras en el suelo.



Un pampón sumamente amplio es este, con vista a una chullpa que otrora fue consagrada a los difuntos; y ahora, un legado inmarcesible de los ancestrales Recuay. «Tiendan sus vestimentas sobre sus bolsos en el gras», fue la orden.

—Eduardo, ¿tienes frío?

—Sí, que mal que primero bailemos turmanyé; la vestimenta de las hilanderas sí abriga.

—Yo pensé que aquí haría calor de noche; pero comparado a la vez en que bailamos son de los diablos en el cementerio de Huarás, no es demasiado.

Para hoy, se nos fue llamado el turmanyé y las hilanderas: perdurables danzas huaracinas.

Ya ejecutado el primero, era hora del segundo.

—La camisa, el pantalón, la faja, el chaleco, el poncho y la alforja ya están... ¡¿y mi hilado...?! ¡¿Dónde está...?! —y un demoledor recuerdo evoco aquí mismo a la vez que busco desesperado en mi costal de utilería— ¿No se lo habrán agarrado los demás? Esa es mi única salvación, sino... a recibir la carajeada nomás.

A la tarde, todos ya estuvieron de vuelta, el ensayo general de la mañana se prolongó hasta más del mediodía. Abrieron nuestro salón y nos preparamos con lo ya alistado. Descolgamos el perchero con los vestidos y las capas de los antihuanquillas y el de la marinera huaracina; y desembolsamos los sombreros de los gobernadores, del pasacalle y del carnaval. Pues fue una exigente función que montar.

Ya en la Rotonda, donde una vez declamé un poema por el Día Internacional de la Danza, alistamos nuestra indumentaria en los baños hechos vestuarios. Las acomodamos sobre bolsones tendidos en el suelo.



Fueron diez danzas a ejecutar, cada una con sendos atuendos. Vaya que la mayor dificultad de esta ocupación es la problemática de la vestimenta y el buen acomodo del programa es motivo de sumo alivio.

—¡Que no se extravíe mi corona de los waras, se enrede mi waraka con mi puru o se pierda mi huaiqui con los dos ahí dentro!; ¡ojalá no haya olvidado mis yanquis o, peor, al momento percatarme de que olvidé mi chunta, mi montera, mi máscara o mi sombrero en nuestro salón!

Me tocaron los gobernadores, los antihuanquillas, el carnaval, el pasacalle y, finalmente, el auqui danza.

Cada vez más caótico y tenso se tornó el ambiente en el vestuario: apenas llegaba el grupo que acababa de actuar se desvestían como pudieran hasta en pleno camino. Los chalecos doblados sobre sus camisas y pantalones, pronto se entremezclaron con los del costado. Y ocurrió lo tan temido: no hallé mi bastón para el auqui danza. «¿Dónde estará?!», resonó en mí a poco menos que nada para finalizar esta jornada cultural.

—¡Droel, apúrate..., ya salimos! —apremiantemente me llamó Diego.

«¡Oh no..., comenzó a sonar la música!». Salí del vestuario con mi máscara de viejo dando zancadas de joven.

Me la retiré y, con el sudor en la frente, observé cómo iniciaron la coreografía. ¡Qué culpa me embargó!

Vi a Clisalla dándome la espalda y dando de frente con la actuación, con su blusa, falda y pollera rosada, lista para danzar y resignada a ya no hacerlo.

Justo ahí hallé la mirada del profesor mirando extrañado la coreografía. Él hizo lo mismo y más no requería para ponerme a alistar mis cosas y resignarme a la férrea reprensión devuelta en Huaraz.





—¿Ahora qué hago?... Si me he cerciorado de alistar todo antes de salir... Los varones llevan las canastas y las mujeres... —si mis cálculos eran erróneos... tampoco me atrevía a aproximar lo que vendría.

—Droel, ¿qué estás esperando?

—Mi hilado, Clisalla, tú lo tienes.

—Sí, aquí está. Te estuve esperando para dártelo.

Bien por la diligencia en preparar todo lo concerniente a uno mismo; mal por la negligencia en no preocuparse por lo suyo en posesión ajena.

Ya concluida la función, brindamos por este triunfo con una hamburguesa y una chicha morada.

Qué satisfacción sentimos con la compleción de una extenuante función, inclusive más antes, tan pronto como acabamos de alistarnos aún en los vestidores, sabiendo que ejecutar la coreografía es lo menos ajetreado —el pánico escénico ya ni existe— y más vivificante.

De vuelta a casa nos enrumbamos, con la satisfacción de esta exitosa actuación. Viendo de nuevo los edificios de nuestro Huaraz hogaño y volviendo a mi querida escuela donde aún la tradición folklórica de Perú yace en la genialidad de sus danzas, con ya cincuenta años al servicio del folklor.

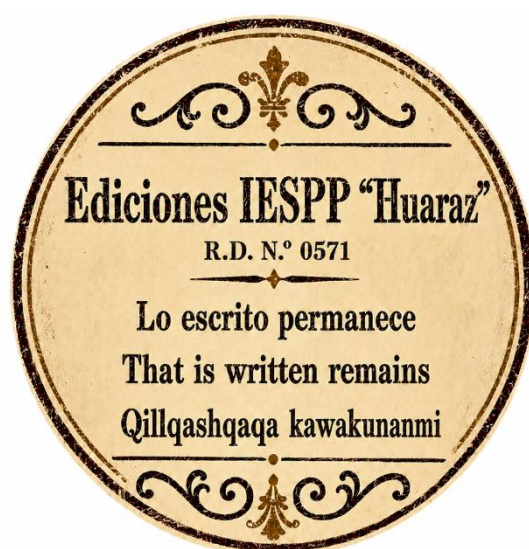
—Muy bien, muy bien... —nos felicitó el profesor Jesús— solo hubo unas pequeñas observaciones, pero en el ensayo de mañana trabajaremos en ellas.

Muy gratificante es la aprobación del profesor, como caricias que enternecen hasta la espalda más áspera.

Ya dentro, era tarde para ordenar todo lo usado. Sobre las bancas nomás conviene colocar todo por ahora.

Para casa voy, satisfecho y contento, saliendo del salón de blanco porcelanato y espejos parietales.





El esfuerzo de mi padre & El salón de blanco porcelanato y espejos parietales

Se terminó de preparar esta edición digital el 15 de agosto de 2026 en Huaraz, con herramientas de software libre.



Ediciones IESPP "Huaraz"